

EL REY SECRETO

En nuestra casa, aparecía cada pocos meses, la mayoría de las veces sin avisar, pero siempre recibido con alegría por nosotros, los niños, el tío Krone.

Nos gustaba, por un lado, porque siempre nos traía unas bolsas llenas de caramelos, y por otro, porque sabía contar una inmensa cantidad de historias. La mayor parte de lo que contaba, lo había vivido él mismo. Aunque mamá decía que el tío Krone nunca había estado con los piratas, ni tampoco se había encontrado con osos polares en el Polo Norte, y que las danzas indígenas, que decía haber aprendido en América cuando era joven, no podía bailarlas no porque la gota le molestara demasiado, sino porque nunca había estado con los indios. Era curioso, cuando mamá lo decía así, nosotros también creíamos que el tío Krone exageraba un poco en sus historias y no se tomaba la verdad demasiado en serio. Pero cuando se sentaba otra vez frente a nosotros y empezaba:

- "Sí, eso fue en aquella época, cuando todavía era jinete-correo del zar ruso..."

entonces no podíamos dudar en absoluto de que él había vivido todo tal como lo relataba.

Muchas de sus historias las he olvidado hace tiempo. Pero una se me quedó profundamente grabada en la memoria, quizás porque el tío Krone solo la contó después de mucho suplicar e insistir, y quizás porque mucho de eso de niño no lo entendía en absoluto y solo hoy lo voy comprendiendo cada vez más.

El tío Krone, nuestro pirata y jinete-correo, en la vida normal era vendedor de alimentos. Pero cualquiera que le preguntara por su profesión, recibía invariablemente como respuesta: "**Mayorista y rey secreto**". A nosotros, los niños, ya lo de "mayorista" nos impresionaba enormemente, hasta que supimos que simplemente significaba "comerciante al por mayor". Pero lo que naturalmente nos causaba aún más curiosidad y nos estimulaba a hacer siempre nuevas preguntas, era la segunda profesión: "**Rey secreto**". Y es la historia del rey secreto, a la que siempre debo acordarme cuando el tío Krone me viene a la mente. Tan impresionado me dejó lo que él, después de mucho titubear, finalmente nos contó.

Él tenía una voz algo áspera y oscura, nuestro tío, y siempre hablaba un poco más fuerte de lo necesario en nuestra habitación infantil, "porque en cubierta, entre las velas, había que gritar bastante para que te entendieran", como nos explicaba; mamá decía que era porque era un poco duro de oído. Pero la **historia del rey secreto** nos la contó muy bajito, casi como si solo hablara consigo mismo, o como si aquello que relataba le diera pena, en el fondo, que fuera escuchado.

"Sí, eso fue en aquella época... , comenzó como siempre su relato, "en aquel tiempo, cuando después del aprendizaje volví a casa a Oberndorf. Qué pequeño, qué diminuto y miserable me pareció entonces mi pueblo natal, aquellas pocas chozas que bajo sus grandes tejados salientes parecían buscar refugio con temor ante las altas montañas que se alzaban a su alrededor. La vida

allí, que desde tiempos del bisabuelo discurría por los mismos carriles, me parecía árida y aburrida. ¡Qué diferente era el bullicio en la gran ciudad, las variaciones, las emociones y los peligros! Sin embargo, no me sorprendí completamente por la impresión; no esperaba otra cosa. Tampoco era nostalgia lo que me había empujado de vuelta a las montañas, sino – María."

El tío Krone dudó un buen rato antes de pronunciar el nombre, y cuando ahora callaba, su mirada, que parecía vagar muy atrás en el pasado, era tan elocuente que observábamos en silencio al hombre que tanto queríamos y no le apremiábamos, hasta que él mismo retomó el hilo de la narración.

"María tenía mi misma edad. Era del mismo pueblo, habíamos ido a la misma escuela, habíamos cuidado las mismas cabras y las habíamos ordeñado juntos. Sí, habíamos crecido como hermanos, y fue solo en la época en que había conseguido el puesto de aprendiz en Múnich, cuando noté que María era para mí más que una hermana, que la amaba. Todo en mí ansiaba salir de la estrechez y la simpleza de aquel pequeño pueblo de montaña, y ahora, cuando estaba seguro de que lo dejaría, solo entonces noté lo difícil que se me hacía – por culpa de la chica. Los días hasta mi partida estaban contados, y todo lo que ocurría entre nosotros, lo que sentíamos el uno por el otro, tenía que decirse rápido, si es que el otro iba a oírlo. Pero nosotros, que nunca habíamos tenido secretos el uno para el otro, de repente sentimos timidez. Las palabras inusuales se nos atascaban en la garganta, y lo que debería haber confesado un amor secreto, se convirtió en un ronco 'Bueno, sí' o 'Ya saldrá bien' o algo por el estilo.

Del por qué hasta hoy estoy convencido de que María entonces correspondía a mi amor, no sé decirlo. Ella nunca se expresó al respecto. Pero hay muchas cosas que pueden quedar sin decir, porque el corazón las ha escuchado. – En todo caso, viajé entonces con un grueso nudo en la garganta, aunque exteriormente actuara muy resuelto, quizás demasiado resuelto, y ni siquiera me atreví a volverme, porque sentía que me miraba hasta que crucé la silla.

¿Si escribí? A ella, naturalmente que no. Pero en las cartas de mis padres buscaba ansiosamente noticias sobre María. Sin embargo, sus informes se limitaban a deseos de bendiciones y al clima, nacimientos y muertes en el pueblo. Ni una palabra sobre la chica – lo que podía significar algo bueno o malo.

Tres largos años no volví a ver mi pueblo natal. En aquel tiempo apenas había vacaciones, y además el dinero era tan escaso que una visita breve simplemente no era posible. Fueron tres años en los que también me fui distanciando cada vez más de mi pueblo, iba a bailar, a veces bebía demasiado y andaba en compañía no muy recomendable. Quería ser como los demás, un hombre de ciudad, no uno que huele a establo de vacas. '¿Vas también a la iglesia?', había preguntado mi madre, presintiendo algo, en una de sus cartas, y yo le había escrito luego esto y lo otro sobre el párroco de la Iglesia de la Santa Cruz, cerca de la cual vivía – un hombre a quien apenas conocía de vista y nunca había visto en un servicio religioso. – Mi madre me perdonó estas mentiras más rápido que yo mismo.

En la medida en que olvidaba la vida en Oberndorf, en esa misma medida olvidaba también a María; nunca por completo, pero en aquel entonces otras cosas estaban más cerca de mí; si más importantes, no sé decirlo. Pero cuando finalmente estaba de camino a casa, entonces la vida de la

ciudad cayó de mí como un pesado cortinaje, y la chica volvió a aparecer ante mí, y exactamente como la había visto y amado al despedirme. De repente no podía casi esperar a llegar a casa, aunque, como dije, no me hacía ilusiones sobre el pueblo. Cuando finalmente lo vi aparecer detrás de la silla, tuve que contenerme bien para no echar a correr. Naturalmente, fui primero a casa, también me alegré sinceramente del reencuentro con mis padres, que en los años, me parecía, no habían cambiado en absoluto, como si el tiempo aquí simplemente se hubiera detenido.

Pero ya era un verdadero tormento, sentarse luego allí en la cocina a la mesa de roble limpia, ver a mi madre preparar la cena y tener que contestar las preguntas de mis padres sobre mi bienestar en Múnich mientras en mi interior solo ardía una única pregunta: cómo estaba María. Pronto me enteré de los habitantes de nuestro establo de cabras, oí que habían adquirido unas vacas nuevas, que en casa del vecino se avecinaba una boda de oro. – Finalmente me atreví yo mismo con la pregunta: '¿Y los jóvenes? ¿Qué hacen los jóvenes?' Dos también habían dejado el pueblo, los demás aún estaban allí. 'Pues va como debe ir.' Y de repente los dos viejos callaron, y algo sombrío se posó en sus rostros, que me infundió miedo.

'¿Y María?' – Ahora estaba hecha la pregunta. Largo silencio, luego el padre respondió brevemente: 'Esa se fue tras su geólogo.' Todo lo demás había que casi arrancárselo, cosa que hice yo, sin importarme las miradas interrogantes, la forma brusca de responder. Quería, necesitaba saber. Bueno, lo que supe entonces, para mí no fue muy agradable. Un hombre culto, un geólogo, había llegado al pueblo y se había alojado en casa de los padres de María y pronto le había trastornado la cabeza a la chica. Hasta ahí, bien. Pero cuando al cabo de unos meses se fue de nuevo, dejó en Oberndorf a una mujer muy desgraciada. Esta se veía pálida y desdichada, se consumía y solo lo anhelaba a él, que quizás ni siquiera le interesaba que ella lo siguiera. Era un puro drama. La gente se esforzaba por ella, intentaba animarla; pero todo fue inútil. Y un día, por la mañana, encontraron en su cama un papelito en el que decía: 'Tuve que ir tras él. ¡No me busquéis! María.'

Lo que había sucedido luego, podía imaginármelo: la gente había apretado los dientes e intentado olvidar a la chica que les había traído deshonra. Ya no se hablaba de ella.

Cuando luego volví a estar tumbado en mi pequeña habitación bajo el gran tejado, me sentí miserable y no podía conciliar el sueño. 'Tuve que ir tras él', había escrito María, mi María, y: '¡No me busquéis!' Eso me daba vueltas en la cabeza como una muela de molino. Finalmente me levanté suavemente, me vestí en la oscuridad y me escabullí afuera. Un poco más arriba del pueblo me senté en la hierba y miré hacia las estrellas. '¡No me busquéis!' Era una noche clara. Arriba brillaba en el cielo como si fueran ducados de oro. Pero allá, sobre el Cuerno Doble, estaba un planeta – debía de ser Júpiter – radiante como un pequeño sol. En su luz creía incluso poder distinguir la cabaña alpina en la que a veces habíamos pasado la noche, cuando queríamos ascender al Cuerno Doble temprano a la mañana siguiente. Era una cabaña vieja, hacía tiempo que no se usaba, más un cobertizo que una casa, pero para nosotros, los niños, enormemente acogedora y aventurera a la vez. '¡No me busquéis!' Pero mi corazón, que de repente latía salvaje, me decía aún más: ¡Ella está ahí arriba! ¡Ella te necesita!

Dormir, de todos modos, no podía en esta noche; pero ahora estaba completamente despierto. Mientras Júpiter estuviera en el cielo, podría reconocer el camino hacia arriba, pensé. La prisa era

necesaria. Tan silenciosamente como fuera posible y como mi prisa lo permitía, me deslicé de vuelta a la casa y busqué en la oscuridad lo que quería llevar: esto y aquello, pan y queso, un cuchillo, el mantel – sí, también el mantel; ¡qué sabía yo por qué! Y poco después estaba en el camino hacia arriba. Mirando con atención, reconocí que en el camino no era para nada tan claro como había pensado al principio. La cabaña alpina no se distinguía en absoluto. Pero mi decisión estaba tomada, y como de todos modos en esta noche nada ocurría de forma reflexiva, sino a partir de un conocimiento superior, ahora ni siquiera la oscuridad podía detenerme.

¡Cuánto tiempo hacía que no había subido a la cabaña alpina! Pero mis pies parecían conocer aún el sendero, palpaban por sí mismos el apoyo seguro, y seguía subiendo, cada vez más arriba. Mi atención estaba ahora tan ocupada por el camino que ya no podía alzar la vista al cielo estrellado. Tampoco me parecía necesario, pues claramente me sentía iluminado por Júpiter, y su luz me daba una confianza inquebrantable. Seguro que así habré subido durante horas; pero yo mismo tenía la impresión de haber recorrido el camino en muy poco tiempo.

Solo cuando llegué a los prados alpinos, me atravesó la pregunta: ¿Y si ahora no está ahí? Una mirada hacia arriba mostró que Júpiter ya había desaparecido tras el Cuerno Doble – y sin embargo había sentido su resplandor todo ese tiempo –, pero un gemido desde la cabaña también revelaba que no había venido aquí en vano. Rápidamente corrí hacia allí y entré en la oscura abertura de la puerta. '¿María?' llamé vacilante. Muy cerca, ella respondió con voz tranquila, aunque apagada: 'Así que has venido, Ernst.' El suave gemido me indicaba, inconfundiblemente, que ella no estaba sola. A tientas, con seguridad, me abrí paso a través de la estancia, encontré el hogar, que estaba preparado, y pronto las llamas brotaron y dieron luz y calor.

Entonces vi a María. No necesito describir su aspecto. Había estado días sola aquí arriba, y estaba en mal estado. Pero su rostro, que se había vuelto muy pálido y translúcido, brillaba misteriosamente. En su regazo sostenía al niño, de solo unas horas de edad, que me había indicado con su gemido que estaban allí. Me arrodillé a su lado para mirar más de cerca a la pequeña criatura. "Es un niño", me susurró María. "¿Tiene nombre?" pregunté yo, sin levantar la vista. "Ernst", dijo María sin dudar. Entonces sí que tuve que alzar la vista. ¿Intentaba hacer una broma? Ella parecía sonreír un poco, mientras respondía a mi mirada con tranquilidad y añadía a modo de explicación: "Por el rey que encontró el camino hacia él." 'Rey está bien', refunfuñé, mientras a la vez recordaba que realmente había traído en mi zurrón todos los dones posibles, incluso el mantel. "Sí, tú eres un rey secreto, Ernst", dijo María con determinación.

Y se mantuvo en eso, especialmente más tarde cuando conté cómo creía ver la cabaña alpina a la luz de Júpiter y cómo se me había ocurrido el pensamiento de que ella podría estar allí arriba. Ella afirma hasta hoy, firme y tenaz, que yo les salvé la vida a los dos. Bueno; solos, realmente no habrían podido bajar de la montaña. Ella había subido, para poner fin a todo. Pero el niño – el niño había vuelto a despertar sus fuerzas vitales. Por el niño, finalmente bajó conmigo; que la gente la mirara de reojo tranquilamente. – Sí, así fue pues."

El tío Krone era de la opinión de que ya había contado suficiente. Pero nosotros queríamos escuchar también el final de la historia. Y así le atacamos a preguntas. ¿Qué había pasado luego

con María y el niño. Si se habría casado con ella. Y si conocía a otros reyes secretos, o si él era el único?

Al tío Krone, al parecer, no le gustaba responder; pero lo hizo a pesar de todo. *No, no se había casado con María; que nosotros ya sabíamos que él era soltero. No, no, los dos, María y el pequeño Ernst, habían encontrado el camino hacia el verdadero padre del niño y vivían ahora cerca de Múnich, y el pequeño Ernst era ya de por sí un geólogo y les daba los caramelos que el tío Krone le llevaba en sus raras visitas, a sus hijos.* – Pero reyes secretos, de esos conocía toda una cantidad. "¿Cuántos?" queríamos saber, pues pensábamos que quizás serían otra vez tres como en la historia de los Santos Reyes Magos. Pero entonces respondió el tío Krone – y la respuesta claramente le causaba a él mismo placer: "Sí, un número no os puedo decir ahí; pero ¿basta si es exacto?" Y sonriendo burlonamente ante nuestras caras asombradas, dijo: "Todos los que conozco!"

Esos nos venía muy grande. Tuvimos que esforzarnos bastante para entender lo que había dicho. Finalmente, mi hermano mayor había resuelto el enigma.

"¿Quieres decir, tío Krone?", preguntó vacilante, "¿que cada persona es un rey secreto?"

"Exactamente", fue la respuesta inmediata,

"Estoy convencido de ello." Y continuó, mientras nosotros reflexionábamos:

"Sabéis, yo mismo tuve que pensar mucho sobre por qué debía ser un rey secreto, y al principio pensé que lo era porque Júpiter me había guiado. Pero él no habría podido lograr nada si mi corazón no hubiera latido así y afirmado: '¡Ella te necesita!' ¿Veis? Un corazón verdadero en el pecho, eso es lo primero que nos hace reyes secretos. Y lo otro, que va unido a ello, es que realmente cada uno de nosotros lleva consigo un tesoro – ni siquiera necesita parecernos valioso a nosotros mismos –, un tesoro que podemos entregar cuando alguien está en necesidad, como yo entonces el mantel para los pañales –. Nuestro corazón solo debe estar abierto a lo que se necesita, de lo contrario tampoco notamos que poseemos el tesoro."

"Mayorista y rey secreto" Ernst Krone, nuestro tío sorpresa. *Nos significaste mucho en nuestros días de infancia con tus visitas, tus historias, tus caramelos. Cuanto más viejos nos hacemos, más claramente notamos lo que sobre todo nos abriste: nuestra propia riqueza, nuestro propio tesoro, que nos desvelaste el secreto del reinado secreto de todos los hombres. Sí, eso queremos ser: de profesión lo que sea y – rey secreto.*